

Phineas Bogg y Jeffrey Jones: viajeros en el tiempo, inspiradores de *La vuelta al mundo en ochenta días*

Lucas Maya Correa

– *No existe lo imprevisto – respondió sencillamente Phileas Fogg.*

Julio Verne, 1872

1

Para hablar con exactitud matemática – tal como conviene a nuestro asunto –, los ciento cincuenta años de *La vuelta al mundo en ochenta días* que se celebran este 2023 no son los de su *primera* publicación, sino los de su publicación en forma íntegra el 30 de enero de 1873.

En efecto, la novela ya había sido publicada por entregas en el diario parisino *Le Temps* entre el 7 de noviembre y el 22 de diciembre del año anterior, de manera casi simultánea al desarrollo de la acción que narra; es decir, de manera casi simultánea al viaje que el enigmático Phileas Fogg y el siempre recursivo – pero siempre infortunado también – Jean Passepartout realizan alrededor del mundo, viaje que Verne sitúa entre el 2 de octubre y el 21 de diciembre de 1872.

Que el *tiempo de la narración* – el tiempo durante el cual se produce el acto comunicativo (en este caso, la lectura de las entregas periódicas de la novela) – coincida casi que exactamente con el *tiempo de la historia* – el tiempo durante el cual transcurre, dentro de la *ficción*, la acción narrada (la vuelta al mundo) – parece ser, si no una estrategia retórica y editorial hábilmente calculada, al

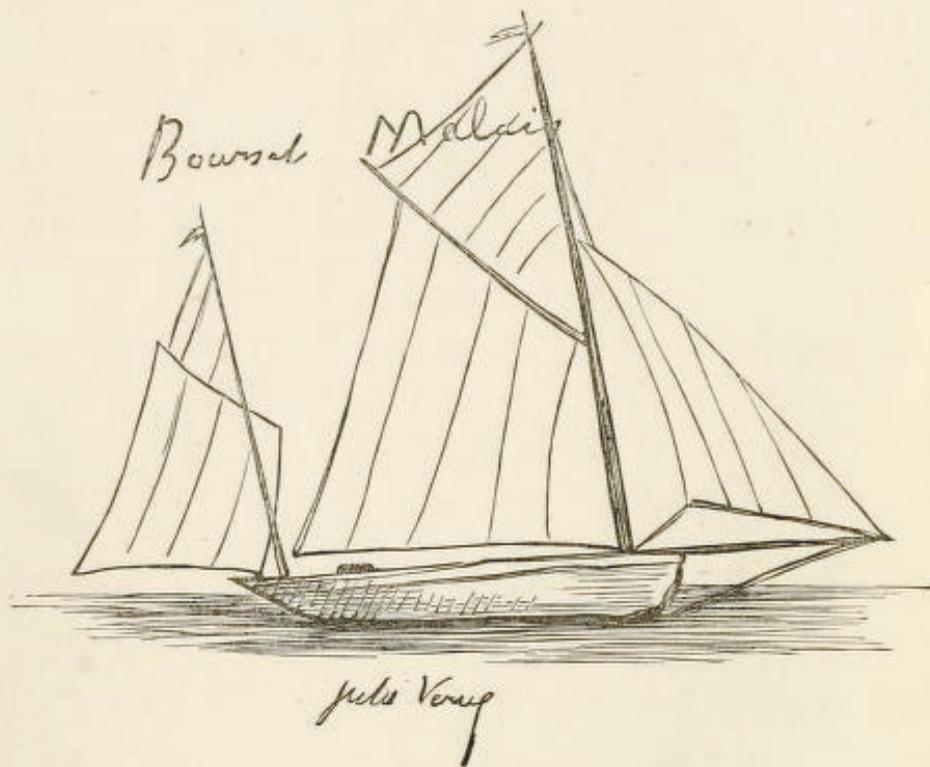
menos sí una especie de invitación al juego para los primeros lectores de la obra.

El juego habría consistido, podríamos decir, en una ampliación del *pacto ficcional*: el lector no sólo estaría invitado a hacer *como si* la acción narrada en la novela fuera real, sino a hacer también como si él mismo, en vez de ser solo un observador externo, fuera, además, un participante de esa acción, lo cual, en ese momento – a finales de 1872 –, resultaba especialmente verosímil gracias a la coincidencia casi exacta entre el tiempo de la narración y el tiempo de la historia.

Se habría tratado, pues, para aquellos primeros lectores de *La vuelta al mundo en ochenta días*, de jugar el papel jugado, dentro de la novela, por los *gentlemen* londinenses que, con la curiosidad espoleada por las enormes apuestas a favor y en contra de mister Fogg y su criado, siguen con suspense, a través de las noticias, las crónicas y los reportajes publicados periódicamente en la prensa nacional, los pormenores de aquel viaje extraordinario.

2

Apostaría a que *¡Viajeros!* es, entre las ya con seguridad innumerables adaptaciones y homenajes que se han hecho de *La vuelta al mundo en ochenta días* durante estos ciento cincuenta y un años de su primera publicación,



THE "SAINT MICHAEL."

Boceto de Julio Verne de su yate el Saint-Michel, incluido en: Verne, J. (1873). *La vuelta al mundo en ochenta días*, trad. George M. Towle, James R. Osgood and Company.

la única obra que ha llegado al punto de repetir la estrategia — o la invitación al juego — de hacer coincidir, casi que exactamente, el tiempo de la narración y el tiempo de la historia.

¡Viajeros! fue una serie de televisión creada por James D. Parriott, protagonizada por Jon-Erik Hexum y Meeno Peluce, producida por la NBC y transmitida originalmente en Estados Unidos entre el 3 de octubre de 1982 — ciento diez años y un día después de la salida de Phileas Fogg y Jean Passepartout de Londres con dirección a París — y el 10 de julio de 1983.

La acción que narra la serie comienza en Nueva York una noche de 1982 — la misma noche en que se emitió el primer capítulo —, cuando Phineas Bogg (Hexum), un pirata de origen incierto que es miembro de una sociedad secreta de viajeros en el tiempo conoce a Jeffrey Jones (Peluce), un niño de once años que recientemente había quedado huérfano y cuyo padre había sido profesor universitario de Historia.

Bogg, que para viajar en el tiempo utiliza un dispositivo con apariencia de reloj de bolsillo llamado *omni* — totalidad —, se ve obligado a tirarse de uno de los últimos pisos de un rascacielos con la intención de salvarle la vida a Jeffrey, quien, por accidente, ha caído al vacío.

Todavía en el aire, pero ya con Jeffrey en sus brazos, Bogg activa el *omni* y, justo a tiempo, niño y pirata desaparecen de la capital económica del imperio estadounidense a finales del siglo xx d. C. para aparecer, sanos y salvos, en la capital económica del imperio egipcio a finales del siglo xv a. C.

Sin comprender cómo ni por qué su *omni* lo había llevado a 1982 — ya que dicho dispositi-

vo, en particular, estaba diseñado para llegar sólo hasta 1970 — y sin poder — por lo tanto — regresar a Jeffrey a la época a la que pertenece, a Phineas Bogg no le queda más opción que aceptar al niño como compañero de viaje.

A partir de entonces, la misión de ambos será “ayudar a la historia, darle un empujón cuando sea necesario”; así, gracias a la complementariedad que logran establecer esto dos personajes. pese al contraste de sus respectivas personalidades — impulsivo e inculto el uno (Bogg), racional y con un conocimiento matemáticamente exacto de la Historia el otro (Jeffrey) —, pirata y niño se convierten en la mejor pareja de viajeros en el tiempo que pueda imaginarse.

Juntos, por ejemplo, ayudarán a los hermanos Wright a terminar el primer diseño del aeroplano, en 1903; a Espartaco a organizar la rebelión de los gladiadores, en el 73 a. C.; a Harriet Tubman a participar en el Ferrocarril Subterráneo — una red clandestina de liberación de esclavos —, en 1847; y, entre otras muchas hazañas más, a un joven Julio Verne a salir ileso de una pelea en el mercado.

3

Sería inconcebible, para mí, la celebración de cualquiera de los aniversarios de *La vuelta al mundo en ochenta días* — la de su primera publicación hace ciento cincuenta y un años o la de su publicación en forma íntegra hace ciento cincuenta — sin recordar a Phineas Bogg y a Jeffrey Jones, viajeros en el tiempo inspiradores — en el universo de la serie — de ese dispositivo matemáticamente exacto que es la novela de Verne.

Bogg y Jeffrey influyeron tanto en mí que, para bien y para mal, definieron todos mis futuros intereses.

Al final de cada capítulo, durante la emisión de los créditos, la voz en *off* de Jeffrey invitaba a los televidentes a visitar las bibliotecas públicas para leer sobre los personajes y los acontecimientos históricos y ficticios vistos o mencionados en pantalla.

De esta manera, *¡Viajeros!* me proporcionó mis primeras referencias artísticas, literarias, científicas e históricas, y el actor que interpretaba al audaz pirata, Jon-Erik Hexum, se convirtió en el ídolo de mi infancia.

En la medida en que un niño de entre nueve y once años es capaz de *enamorarse ardentemente* de alguien, yo me enamoré tan ardentemente de Hexum que jamás he dejado de sentir la misma fascinación por él.

A finales de los ochenta y comienzos de los noventa —cuando la serie fue transmitida en Colombia—, yo me sentía, como Jeffrey, desamparado —mis padres no habían muerto, pero sí se habían separado—, y así como Bogg —una ficción del mismo niño según se sugiere desde la primera escena— termina reemplazando al padre de Jeffrey, Hexum —una ficción mía, por supuesto— terminó reemplazando al mío.

Su muerte —se suicidó accidentalmente jugando a la ruleta rusa con una Magnum de utilería (al parecer ignoraba que las balas de salva, a cierta distancia, pueden ser letales)— fue la primera muerte de un ser querido que experimenté —poco después vino la de Mac, el conejo blanco que había nombrado en honor al personaje interpretado por él en *Misión secreta* (1984-1985), la segunda y última serie que Hexum rodó—.

Tal como sucedió en su momento con *La vuelta al mundo en ochenta días* respecto del imperialismo y del colonialismo británico,

¡Viajeros! debió haber sido, dentro de mi generación, uno de los productos más eficaces para el proyecto de colonización cultural del imperio estadounidense; al menos en mi caso, su eficacia fue absoluta.

—Somos viajeros, niño —le dice Bogg a Jeffrey al final del primer capítulo—, no hay tiempo para romances.

—¡Sí, viajeros! Nada de romances —le responde con entusiasmo Jeffrey, tratando de animarlo, pues sabe que tiene el corazón roto.

—El tiempo es nuestro —continúa Bogg, animándose a sí mismo.

—Nuestro, ¡así es!

—No da tregua a nadie.

—¡A nadie!

—Y podemos hacer cualquier cosa, cambiar cualquier cosa, ser cualquier cosa.

—¡Viajeros!

—¡Viajeros!¹

Nota

1 De *¡Viajeros!* de James D. Parriot, 1982.

Lucas Maya Correa. Filósofo de la Universidad de Antioquia y Especialista en Políticas Públicas para la Igualdad en América Latina de Clacso. Trabaja como escritor y promotor de lectura y escritura independiente. Su primer ensayo, "La medida del odio", fue publicado en la *Revista Universidad de Antioquia*, número 348, mayo de 2023. lucas.maya@udea.edu.co.